



Eraso Zarzuola Chambi
"toro"

Lo bello ideal

Para recomponer modernamente lo bello ideal, tomáramos las siguientes cualidades: Un espíritu extremadamente despierto. Mucha gracia en los rasgos fisionómicos. Los ojos brillantes, no con el fuego sombrío de las pasiones, sino con el de la comprensión inteligente. Los afectados del alma tienen su más viva expresión en la mirada y ésta escapa a la escultura. Los ojos modernos serán, pues, muy grandes. Mucha alegría. Un gran fondo de sensibilidad. Apertura esbelta y, sobre todo, los movimientos ágiles de la juventud.

Stendhal en: *Historia de la pintura en Italia*



el duende
director: luis urquieta m.
consejo editor: alberto guerra g. (f)
benjamín chávez c.
erasmo carriela c.
coordinación: julia garcía s.
diseño: david ángel blanes
castilla 449 telfs. 5271816 5288300
e-mail: duendejula@hotmail.com
garcia@duende.com

Blanca Varela, una poeta octogenaria y limeña



La poeta Blanca Varela es una de las voces más relevantes de la lírica latinoamericana contemporánea que ha frugado su selecto y meditado obra al margen de corrientes y tendencias, con firmes propósitos y largos periodos de silencio.

Nacida en Lima en agosto de 1926 en una familia de escritores y artistas, su poética se nutre de la convicción de que la poesía no debe utilizarse para contar lo que a uno le sucede, por lo que siempre ha huido de las alusiones directas a la realidad más inmediata para adentrarse por caminos más trascendentales. Poeta por necesidad antes que por voluntad, según ha repetido a menudo, Blanca Varela rehuyó de los reconocimientos.

Sobrelleva sus 80 años, pendiente de su salud, en su Lima natal, donde se adentró en el mundo de la poesía con los amigos que conoció allí por 1943, en la Universidad de San Marcos, a la que llegó para estudiar Letras y Educación.

En esa misma década conoció a Javier Sologuren y Jorge Eduardo Eielson que, junto a Sebastián Salazar Bondy, Washington Delgado y Carlos Germán Belli, son los principales poetas de la generación peruana de los años 60, en la que se le inscribe más por edad que por afinidades.

De hecho, la crítica la vincula de forma más directa con dos de los grandes de la generación anterior, César Moro y Emilio Adolfo Westphalen —a los que ella misma considera sus maestros— pese a concluir en que se trata de una escritora con un mundo y unos registros propios, lo mejor que se puede decir de un poeta.

El cubano José Lezama Lima, el mexicano Octavio Paz y los españoles José Ángel Valente —con quien le unió una gran amistad— y Antonio Gamoneda, son algunos de los autores con los que los estudiosos la relacionan por su visión poética y su afán de entender la palabra como un medio de descubrir y revelar la realidad.

En más de una ocasión ha confesado que no le interesó nunca la poesía social ni tampoco la política, de la que siempre se ha mantenido al margen hasta el punto de que, como recuerda en una entrevista de hace unos años, cuando su amigo Mario Vargas Llosa decidió convertirlas en político le dijo que no contara con ella para nada en ese terreno.

Blanca Varela reconoce que su trayectoria literaria no hubiera sido la misma sin la mano que le tendió el poeta y ensayista mexicano Octavio Paz, al que conoció en París, adonde llegó en 1949 con el pintor Fernando de Szyszlo, con quien se casó y tuvo dos hijos. En la capital francesa también frecuentó a escritores, artistas e intelectuales como Jean Paul Sartre, Simone de Beauvoir, Henri Michaux, Alberto Giacometti o Fernand Léger.

Después vivió un año en la ciudad italiana de Florencia, donde recibió la influencia de la pintura renacentista, y más tarde se trasladó a Washington para, a partir de 1962, establecerse de nuevo en Lima.

Su obra poética, recogida en el volumen *Donde todo termina* entre las alas (Círculo de Lectores), se compone de media docena de libros, desde *Ese puerto existe a luz del día*, *Valses* y otras confesiones a *Canchil Vilano*.

Octavio Paz fue quien, tal vez, mejor la definió como poeta: «Su poesía no explica ni razona. Tampoco es una confidencia. Es un signo, un cuerpo lento, contra y hacia el mundo, una piedra negra tatuada por el fuego y la sal, el tiempo, la soledad. Y, también, una exploración de la propia conciencia».